# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 10886

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 16 DE DICIEMBRE DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



**CAMILO PEREZ LURBE**

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción.

Instalaciones de máquinas de extracción y desagües. Especialidad en cables y cuerdas de abacá, acero y hierro.

Vías, rails, wagonetas, picos, martillos, azadas, legones, palas, barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandriles y toda clase de maquinaria.


## ¿HAY RELEVO?

Hace tiempo manifestó un periódico que en el Consejo inmediato que celebraran los ministros plantearía el de Ultramar la cuestión del relevo del capitán general de Filipinas, añadiendo, de pasada, el colega, que el motivo estaba fundado en la oposición que hacía el general Primo de Rivera al nombramiento de nuevos gobernadores civiles.

Si la afirmación era cierta, lo dejó para mejor ocasión el señor Morel; pues á poco de propalarse el rumor, se recibió el célebre telegrama anunciando la presentación de cabecillas importantes con fuerzas rebeldes numerosas: y ni el capitán general de Filipinas fué relevado, ni los gobernadores de provincias sustituidos, que dando todo como estaba antes, en espera de las felices nuevas que nos había de trasmitir el cable.

Sin duda, obedecía todo aquello á la consideración de que los gobernadores en ejercicio, tenían conocimiento de la negociación entablada por el jefe del ejército y necesitaba éste su ayuda.

Pero ha pasado el tiempo; la policía de la sumisión no llega; el país se ha cansado de esperar y el ministro también, y vuelve á circular el rumor del relevo con más insistencia que la primera vez.

En los centros oficiales lo niegan; pero nada tiene de extraño esa negativa; al fin y al cabo el ministro de Ultramar no está obligado á decir á la prensa lo que hará ó dejará de hacer en la cuestión de personal.

Pero hay un hecho muy significativo que se compagina mal con la negativa que dan en el ministerio. El general Primo de Rivera, que sostenía con empeño á los gobernadores de Filipinas, ha cedido por fin, ó no se ha considerado con fuerzas para seguir apoyándolos, y ya están designadas las personas que los han de sustituir

Si todo esto no obedeciera más que á la necesidad de premiar servicios políticos no evocaríamos el pasado ni nos preocuparía el presente; pero esa decisión del ministro nos dá que pensar.

¿Es que la negociación se ha roto? ¿Es que los gobernadores que van á ser relevados no tenían conocimiento de ella, porque nada podían influir en su pronta y satisfactoria solución? ¿Es que las esperanzas de una paz próxima llegaron abultadas á Manila y siguieron hinchándose al tomar el camino de España?

Quién sabe; pero es cosa rara que haya transcurrido más de un mes desde que se recibió la noticia de un fausto y próximo suceso sin que se haya presentado á indulto ni un mal cabecilla.

¿Se equivocaría el general y nos habremos alegrado sin motivo? En tal caso no extrañaríamos su relevo; al contrario, lo impondría la lógica.

## TIJERETAZOS

«El Siglo Futuro», que también se ha sentido molesto por el mensaje de Mac-Kinley, va y se arranca en estos términos:

«Pero ¿qué diremos de aquel gobierno liberal conservador que dió satisfacciones al de los Estados Unidos y desautorizó al marino Sr. Concas por haber afirmado éste en una conferencia dada en la Sociedad Geográfica algo parecido á lo que ahora confiesa *La Epoca*»?

Colega, no sea usted inoportuno.

Antes «La Epoca» venía obligada al aplauso permanente.

Y ahora debe censurarlo todo.

Eso es lo correcto en política.

Y sino que lo diga «El Estandarte» que pone este comentario á las palabras de «El Siglo»:

«Pues diremos sencillamente que si así fué, que hizo muy mal.»

Hace bien «El Estandarte» no recordando lo ocurrido.

Porque tendría que acordarse que él también defendió las explicaciones dadas.

¿Y cómo explicaría eso «El Estandarte?»

—

Aconseja «El Globo» que antes de acometer el planteamiento de nuestra política exterior, procuremos ser fuertes por nosotros mismos.

Nos parece muy bien.

Y para ello no hay más que hacernos una piña y entrar resueltamente por el camino que nos ha señalado el marqués de Villamejor.

¿Sirve?

—

«El Progreso» llama á los yankees, los incluseros del planeta.

[illegible] cariño á la moneda.

No encuentran otra cosa en que fijarlo...

—

Pregunta un colega:

«¿Se presenta Aguinaldo?»

Espere el colega á la Noche buena y verá lo que es bueno.

Va á salir de aguinaldos hasta la coronilla y regiones adyacentes

El que no se presentará es el cabecilla filipino.

—

Dice un periódico que la presentación del cabecilla Cuervo ha costado á España veinte mil duros.

Dios quiera que no haya en la insurrección ningún cabecilla Pavo.

Porque si las aves no comestibles nos cuestan tan caras, un pavo nos costaría un ojo.

## DESDE MADRID

Señor Director:

Muy señor mío: Antes de hablar de la Exposición, y por más que interrumpa mi sistema, he de decir dos palabras del mensaje del Presidente de los Estados Unidos.

Lisa y llanamente manifestaré mi opinión. He visto pocos documentos más indignos. Hay una especie de aire de superioridad, ni más ni menos que si estuviéramos sujetos á un protectorado, y en lo que se refiere á la beligerancia, un verdadero *pitorreo*, por que viene á decir que la beligerancia no se reconoce, no por que deba no reconocerse, sino por que dudas las prácticas del derecho de gentes, á los ciudadanos de los Estados Unidos y á los rebeldes de Cuba les conviene más no hacer el reconocimiento por ahora.

La síntesis es la siguiente: «Intervendremos por la fuerza cuando nos dé la gana, y vamos á dejarlo correr un poco por ahora, para dar tiempo á que los españoles gasten más sangre y más dinero, cuando estén agotados, la cosa será más sencilla para nosotros.»

Si los españoles que desgraciadamente no somos un pueblo á la moderna pero que hemos dejado de ser la España tradicional y caballeresca, para ser, á los refinamientos diplomáticos moneses a los antiguos cuchillos de [illegible] tería de Martínez, hubiéramos cultivado menos las modas inglesas, la cocina francesa, la música alemana, la literatura modernista y el género chico traducción del cancán al español, si fuéramos más nuestros, si los matrimonios por amor no nos parecieran cursis, y si no se llamase quijote al que tiene vergüenza, esta patria no pasaría hoy por un estado de marasmo, por virtud del cual, todo el que la ame tiene que desear un fuerte revulsivo. Si no basta el sinapismo, la cantárida, el botón de fuego ó el caústico Videt: sepamos de una vez si somos un enfermo cuya naturaleza ya no reacciona por nada, y entonces á podrirnos que es la misión de los cadáveres.

Como la constitución del enfermo es buena, hay [illegible] medicación enérgica: y las clases más necesitadas de una medicación activa, son las acomodadas, que realmente son las más egoistas y las que hasta ahora no han sentido la guerra ni en poco ni en mucho.

El pueblo ha dado y está dando, su sangre generosamente, pero el capital no ha dado su dinero. Lo ha llevado á un empréstito porque le tenía cuenta, pero imponerse sacrificios, no se ha impuesto ninguno.

Para quedar con un poco de decoro, necesitamos 1,500 millones de pesetas para gastarlos, no para derrocharlos en Marina.

Sobre todas las teorías económicas hay una verdad innegable. El dinero hay que sacarlo de donde lo hay.

Así, pues, si yo fuera Gobierno por impuesto de Guerra, recargaría la contribución y todos los impuestos un 50 por 100; el cupón de todos los valores interiores, no se pagaría en dos años, y para el pago del cupón se daría un papel, sin interés, titulado empréstito de Guerra que no pasaría á disfrutar interés sino 10 años después de hecha la paz. Hecho esto en un mes, recargando el arancel fuertemente en toda mercancía extranjera que entrase en España, me dirigía á las potencias asegurándoles el pago del cupón exterior y pidiéndoles en cambio de este sacrificio, su simpatía y apoyo moral en la cuestión de Cuba. La redención á metálico quedaría completamente prohibida, [illegible] á las [illegible] de

Estamos en una época positivista, no hay más que intereses materiales, el mundo sólo se mueve á impulso de los Bancos, pues venga la riqueza á cumplir con los deberes del patriotismo.

No faltará quien después de estas manifestaciones quiera mandarme á Leganés. Pero tengan ustedes la evidencia, de que si Hernán Cortés hubiera sido un filósofo, no hubiera quemado las naves.

Hermoso espectáculo sería el de que la prensa de provincias hiciera una exposición á los poderes pidiendo la adopción de estas ó de parecidas medidas.

No sucederá, tiran mucho el bisteff con patatas y los teatritos por horas.

Por el camino del cacique, la reco-



sos esa idea estravagante, y sentiría adoptar cualquiera medida que pudiera molestaros.

—No es chanza, querido señor Peláez, contestó Leon; hablamos con formalidad, y lo sentimos porque vais á ser el blanco de la cólera del gobernador. Mirad, prosiguió sacando la daga del pecho; me valdré de esta pequeña arma para rayar el plano en la mesa, ya que carezco de lápiz.

El oficial dió un salto en su silla; se puso horriblemente pálido y trató de llevar la mano á su costado.

—¿Qué es eso? gritó fijando sus ojos en el puñal. ¡Un arma! caballero; por vida de san... ¡Esto es un abuso!

Pero en el mismo instante sintió que Millan por un lado y Martin por el otro le sujetaban los brazos.

—Estaos quieto, le dijo el poeta con voz melosa, vais á estorbar al capitan.

Entonces volvió sus ojos á derecha é izquierda, y vió que tanto el uno como el otro manejaban una daga completamente igual á la de Leon.

—¡Oh!.... dejadme.... ¡Voto á sanes! ¿que vais á hacer?

—A dibujar, contestó Martin dulcemente aproxi-



res, y quedó la tabla tersa y limpia para trazar en ella las líneas del plano. A cada momento alzaba sus ojos negros y serenos mirando el rostro del asombrado comandante, el cual no acertaba á creer el fin de semejantes procedimientos.

—Según advierto, dijo con un tono algun tanto disgustado, vais á tomaros una molestia inútil, puesto que ni os escapareis, ni comprenderé bien vuestra explicación.

—No es explicación. A nosotros nos ha gustado siempre unir la teoría á la práctica.

—¡Como!

—Toma; la cosa es clara; decir el modo y adoptarlo enseguida.

—¡De veras! exclamó el oficial alarmándose.

—Ahora lo calcularéis, contestó Leon con tal aplomo, que el señor Pérez Pelaez se tiró de los bigotes, no sabiendo distinguir si era broma ó verdad lo que escuchaba.

—Veo, señores, dijo, que por un exceso de vuestro buen humor quereis divertiros á mi costa. La chanza es lícita, y yo la tolero como es consiguiente. Pero hacedme el obsequio de que dejemos un asunto tan delicado; ya conoceréis que por mi posición tengo que borrar del pensamiento de los pre-



—Cinco ó séis meses, dijo Leon apoyando su frase.

—¡Oh! eso es una tiranía á la cual no puedo sujetarme, continuó el poeta fingiendo la molestia que le causaban aquellas noticias.

—Ni yo tampoco, observó el pintor.

—Ni yo, añadió el capitan.

—¿Pues qué vais á hacer sino esperar? preguntó el señor Pérez Pelaez.

—¡Qué se yo! exclamó Leon golpeándose la frente. ¿No se os ocurre nada?

—Nada, contestó Millan.

—Nada, dijo Martin.

Hubo un instante de silencio; Leon se apoyó en la mesa; los dos jóvenes restantes supieron darle á sus rostros una expresión de inquietud alarmante, mientras el gefe de la fortaleza miraba á los tres como dudando de lo que oía.

Mientras tanto el capitan había regulado el tiempo perfectamente, pues sonaban las once y media en un reloj cercano. Despues de un momento de fingida reflexión:

—Llenad las copas, Millan, dijo; el vino despeja el entendimiento y es necesario que nos ocurra alguna idea.

—¿Pero qué pensais? preguntó el señor Perez Pelaez.